

LOS DESAIRES DE LA FAMA

Ramsés Guerrero Arroyo

Lic. en Derecho UNAM

*Isabel y Esteban no volvieron a encontrarse jamás:
poco después, aniquilado por el fracaso,
la miseria y el alcoholismo, Esteban
se ahorcó en un infimo hotel de Tacubaya.*

LAS BATALLAS EN EL DESIERTO, José Emilio Pacheco

Tras dar el último jalón de humo a mi cigarro cerré los ojos, sentí calidez en mi garganta y el sabor en mi paladar. Me ardían los ojos por el cansancio y mi cabeza corría muy rápido; estaba escribiendo mi nota de la mañana siguiente en mi mente, así es como tenía que hacerlo cuando me quedaban pocas horas para entregarla. En fin, no quedaba tiempo para quejarse o dormir, teníamos que tomar fotos, algunas notas importantes y comenzar a redactar para que desde temprano *La Astilla* rondara de mano en mano a lo largo de avenidas con automovilistas malhumorados, chismosos de tranvía, obreros desvelados y uno que otro clasemediero morboso, gustoso de su dosis de amarillismo.

Me había costado mucho conseguir todo para esta nota, en realidad, ni siquiera diría que lo conseguí yo, más bien llegó a mis manos la información por pura casualidad y ya con los datos el verdadero conflicto fue andar de morgue en morgue para hallar el paradero de mi fuente principal: Esteban.

Me dirigí a mi fotógrafo:

—Tómale foto a la cara, que se le vea bien. Búscale un ángulo en el que la cara no se le vea tan hinchada, pa' que la gente lo reconozca.

—Ey.

—¿Conseguiste alguna foto de cuando era chamaquito?

—Ey.

—¿Y las del tiempo en que contaba chistes en radio?

—Ey.

Asentí y dejé que José siguiera tomando fotos del cuerpo. Sonreí por la tremenda casualidad que fue hallar la nota, por el tremendo circo que fue encontrar el cuerpo del pelado este, pero lo habíamos logrado y seguí redactando en mi cabeza.

De acuerdo con lo que yo investigué, todo inicia en un hotel feo, chiquito, gris, ahí en Tacubaya. Imagínense qué tan pinche está el hotel que hay que pasar por un pasillo estrechísimo entre una farmacia y una panadería, luego llegas a la recepción que huele a pipí de gato y ahí te hacen firmar un papelito para que no te robes el vaso de cristal que te ponen en la mesita. Según mis cuentas y lo que decía el acta ministerial, eran las seis de la tarde cuando el joven se quitó la vida, se ahorcó. Cuando dieron las reglamentarias seis horas y el joven nomás no salía, la administración usó su segundo juego de llaves y se toparon con el ahorcado. Al parecer ya tenían maña, porque para que no les cerraran el garito envolvieron al muerto, pusieron a las camaristas guantes a la obra y limpiaron como nunca. El cuerpo, como no queriendo la cosa, lo fueron a aventar a un montón de basura cerca del mercado y que fuera problema de otros.

A las cuatro de la mañana, dos borrachos madrugadores que andaban buscando tesoros en la basura, algo para seguirla o de menos para bajarla, encontraron el cuerpo. Aquí inicia lo azaroso de la vida, porque el estado del cuerpo ya era malo, pero de todos modos un borrachito reconoció al muchacho y se puso a gritar como loco: ¡Es el príncipe, es el príncipe, es el príncipe! Una hora gritando, los despiertos se acercaron y los dormidos se despertaron. Los vecinos llamaron a la policía, llegaron a la escena sólo para hacer como que hacían, pero sin hacer; luego se retiraron con el pretexto de que para esos trámites tenían que llegar los *emepés*. Pasaron horas antes de que llegaran los agentes del ministerio público; mientras los esperaban, los metiches desembolsaron el cuerpo para hallarle el parecido de príncipe y nada. Ciclistas, proveedores del mercado, niños, señoras y hasta un perro fue a olisquear el cadáver. Finalmente, llegó la señora más humana y le aventó una sábana encima.

Los agentes del ministerio público llegaron a las diez de la mañana, bien desayunados y descansados. Llenaron formularios, hicieron como que hacían, pero sin hacer, y se llevaron al cadáver en una camionetita. El borracho gritón se acercó a la policía primero y a los

agentes después, para insistir que ese cadáver era el del príncipe, todos se cotorrearón al pobre borracho incomprendido.

Me enteré de esta historia en una agencia del ministerio público, siempre les doy una luz a cambio de que me cuenten lo más atractivo del día. Andaba buscando una buena noticia, ya llevaba meses presentando lo mismo: niños pobres lastimados en las fábricas, mujeres que hacían a sus esposos en tamales, hombres enloquecidos y finalmente la violencia se estaba estancando en esta ciudad que ya no se sorprendía. Por eso cuando me contaron los hechos del borracho gritón pedí el expediente para ver la foto del muerto, ahí estaba su rostro pegado con un clip en el lado superior derecho de la hoja y con mucho esfuerzo mental reconocí el rostro del muchachito. Esteban, alias el Principito. Un chico que actuaba de niño gracioso impertinente con Tin Tan, Cantinflas, Pedro Infante y todos los grandes de la década pasada, ahora que había perdido su gracia de niño se dedicaba a decir chistes malísimos en la XEW.

—Pobre wey, ¿verda’?

—Ey.

—Tan famoso que era de chiquillo y míralo ahora.

—Ey.

Cuando supe de la noticia le volé a la casa de José, su mujer me hizo caras por sacarlo de casa de noche, pero igual lo saqué, lo mandé a tomar fotos de la zona y a preguntar lo más que pudiera a los vecinos. Yo fui a buscar el cuerpo a muchos lugares, pero parecía imposible porque habían catalogado al tipo como un extraño inidentificable. Pero al final se logró. Ahí estaba el pobre de Esteban: hinchado, con su bigotito a la francesa, sus labios gruesos y su cabello todavía engominado.

Total... entre los testimonios de metiches, revoltosos y mentirosos, así como conclusiones propias que le ponen sabor a la noticia, es que pudimos reconstruir los hechos para la nota. Aunque no me consta la mayoría de lo que voy a escribir, estoy seguro de que va a causar sensación. La gente no quiere rigor, la gente quiere emoción y en otros casos se contenta con saber que no son los pobres cristianos de la noticia; la gente no quiere periodistas, quiere cuentahistorias. ¿Ético? Lo más seguro es que no, pero prefiero redactar amarillismo en *La Astilla* para ganar algo de dinero, que el suplemento cultural en *El Mosaico*, donde viviría de amor al arte.

Ahora que tengo la nota en mi cabeza sólo resta hacer un buen título, esos que hacen reír pero atraen, se me ocurría “La fama asfixiante” o “Los desaires de la fama”.



Retrato de Oscar Yanes (2021), Carlos Luis Becerra (Majenye).